

4º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 15,1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos:

-Ese acoge a los pecadores y come con ellos.

Jesús les dijo esta parábola:

Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre:

-Padre, dame, la parte que me toca de la fortuna.

El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna, viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces se dijo:

-Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi Padre, y le diré: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.»

Se puso en camino a donde estaba su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo:

-Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus criados:

-Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.

Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó:

-Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado con salud.

El se indignó y se negaba a entrar. Pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre:

-Mira: en tantos años cómo te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

El padre le dijo:

-Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

¡SEÑOR, PERDÓNAME!

Esta maravillosa página del Evangelio de hoy es ciertamente un canto a la Misericordia de Dios y palabra de ánimo al pecador hundido que necesita enterarse de que su vida tiene solución. Una invitación amable, generosa y cercana a reconciliar mi conciencia con Dios.

Porque el amor de Dios abarca a todos los seres humanos y supera todas las debilidades y altanerías de los hombres. Y eso es algo que es muy importante que tener claro, no tener la más mínima duda de que es así la relación con nuestro Dios

No hace falta pensar mucho para reconocernos en muchos momentos de la vida en los rasgos de ese hijo pródigo que describe Jesús en el Evangelio. Al igual que el hijo pródigo, nosotros, todo lo que somos y tenemos lo hemos recibido de Dios: la existencia, el cuerpo, la inteligencia,... todo.

Y sin embargo en muchas ocasiones no nos comportamos como administradores de esa herencia que hemos recibido, sino que pretendemos vivir a nuestras anchas y disponer de la vida a nuestro antojo, por supuesto, al margen de Dios.

Vivir a tope sin restricción intelectual alguna. Vivir en la cultura del placer sin límites. Hacer con nuestro cuerpo y dinero lo que nos venga en gana sin reparar que las personas con las que nos relacionamos tienen dignidad y que nuestra conducta, aun siendo legal, en muchos casos les perjudica gravemente. ¡Cuánta miseria, cuánto desahucio, cuánta injusticia!

Y en eso consiste el pecado, en disponer todo lo que hemos recibido de Dios sin contar con Él, sin ser conscientes de que en la vida no vale todo, sin darnos cuenta de que no es posible ignorar nuestra conciencia de bien.

Tampoco hace falta pensar mucho para reconocernos en la actitud mezquina y calculada del hermano mayor. Su desprecio frente al hermano descarriado apunta a nuestra arrogancia en creernos mejores que los demás, a nuestra falta de comprensión y tolerancia frente al pecador.



Los demás son siempre los culpables, nunca yo.

No tenemos reparo en criticar y murmurar los defectos del prójimo y sin embargo nos resistimos a reconocer nuestras propias faltas y debilidades.

No nos damos cuenta de lo injustos que podemos llegar a ser.

Si cayésemos en la cuenta de que todos tenemos la misma procedencia, que todos somos hijos del mismo Dios, que somos personas con dignidad, que somos miembros de la Iglesia Dios, seguramente nuestro comportamiento podría ser otro, más justo.

Pero desgraciadamente las personas somos así, pecadoras y a la vez inmisericordes con el pecador. Sin embargo el amor de Dios es más fuerte que todos nuestros pecados y eso debe servirnos de aliento y de esperanza. Siempre tendremos el perdón de Dios si nos reconocemos pecadores y se lo pedimos.

¡Seamos conscientes de nuestra condición de pecadores, de nuestra condición de miembros de la Iglesia de Dios, de forma que abiertos a su misericordia nos reconciliemos con Él y sea su voluntad, y no otra, la que guíe en todo momento nuestra vida! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
10 de marzo de 2013